

Dios de la ropa que se avie perdido. Que á faltar qualquier cosa destas parescia cosa excusada la diligencia de haçer el barco. É assi se creyó que miraculosamente les dexaba Dios lo que avian menester para aquella su labor, é de todo lo demás que llevaban para sus tractos é granjerias no paresció ni salvaron cosa alguna dello.

No careçe de miraglo que andando trayendo del galeon lo ques dicho para haçer el barco, hallaron en los baxos una pipa de harina, la qual por no la poder traer, assi porque estaba más de quatro leguas de la isla, como por no la osar meter dentro del batel, por estar tan cascado é mal acondicionado para le cargar (é porque como es dicho en conservar esse batel estaba la salud de todos, é á faltarles no les quedaba otro remedio quel de Dios), acordaron los compañeros de quebrar la pipa, é sacaron della la más harina que pudieron poner en el batel, é no fué sino poca toda ella, porque ya estaba muy corrompida; é puesta en el plan, aunque estaba harto húmedo á causa de la mucha agua que haçia é por los bordos le entraba cada viaje que se haçia, se diputaban dos hombres con las calderetas ya dichas para le agotar y echar el agua fuera; é parescia que Dios lo llevaba é traia en sus manos sin peligro para el remedio desta gente, la qual siempre estaba en oraçion rogando á Nuestro Señor que se lo guardasse. É assi por su bondad é misericordia lo cumplió é guió con la harina, é no tocaron en ella para comerla por la guardar para el matalotage ó bastimento del camino que esperaban haçer.

Assimesmo cobraron dos barriles para llevar agua; é un domingo echaron al agua el navio, é luego le pusieron sus másteles y entenas, porque para esso en la isla avia buen recabdo por las grandes arboledas, é le pusieron la xarçia que

convino. É concertado todo, partieron aquella poca de harina que tenian, por iguales partes; é con agua, sin le quitar el salvado ni la arena, de que tambien tenie parte, hicieron tortillas sorrascadas en la çeniça é rescoldo; é aviendo tomado muchos páxaros bobos é alcatraçes é de otros géneros é algunas tortugas, de que hicieron tassajos, assados en barbaçoas, ques una manera de parrillas fechas de palos ó cañas, hicieron sus mochilas ó provision para tres ó quatro dias que estimaban que podrian estar ó navegar hasta llegar á la Tierra-Firme. Y el lunes siguiente se embarcaron quarenta é nueve personas, los quarenta é quatro hombres é çinco mugeres; porque los demás, que fueron veynte é uno, se perdieron como está dicho. Plega á Nuestro Señor Jesu Chripsto de aver piedad de sus ánimas, é que mediante su passion sacratíssima haya bastado su trabaxoso fin para descuento de sus pecados, pues eran chripstianos.

X. Aquel dia lunes, en el mes de junio que está dicho de mill é quinientos é treynta y quatro, avian quarenta é çinco dias ó más passado desde que se perdieron hasta su embarcaçion postrera en el nuevo navio. Encomendándose á Dios é á su gloriosa Madre, conçedieron las velas al viento; siguieron la via del Poniente todo aquel dia con buen tiempo, é poco antes que fuesse de noche vieron tierra de unas sierras altas, quel piloto é marineros dixeron que era la Tierra-Firme. Y el tiempo é viento eran más de lo que quisieran, y el barco no mayor que uno de aquellos que en Sevilla vienen por el rio Guadalquivir cargados de melones en el tiempo que los hay, que son del porte de un mediano bergantín; y eran dentro en él las quarenta é nueve personas y el bastimento é agua é algun lastre, por la qual carga el barco yba muy peligroso, é demasiadamente cargado, segund el

porte que demandaba ó se requeria para su tamaño. Y entraba por los bordos dél mucha agua; é viendo esto, repartiéronse todos en quadrillas para que con las dos calderas ques dicho que tenian echassen el agua fuera: é assi como se cansaban dos hombres, luego otros dos entraban en el mesmo officio, é los demás estaban assentados, ó echados por mejor decir, en el plan del barco; porque de otra manera era imposible navegar. É porque era sobre noche no se osaron llegar á la tierra: antes bien con mucho peligro, temiendo de otro mayor, se metieron más á la mar, sin dormir ni çerrar ojo persona alguna. Paresçiales el agua blanca é que debia de aver baxos por allí; é al tiempo que quisieron virar tomó el barco al dos, como diçen los marineros, ó por delante, é faltó muy poco de çoçobrar é ser todos anegados con él. Noche fué de mucho espanto é temor: el qual passaron con los otros trabaxos, é cómo vino el dia, dieron la vuelta en demanda de la tierra, con tanto tiempo é mar brava que á cada passo pensaban ser sorbidos, segund la grande alteraçion de las ondas é grand tempestad que yba con ellos. É assi prosiguieron prolongando la costa desviados de tierra á dos é á tres leguas, pensando reconosçerla; pero ninguno supo decir qué tierra era aquella, salvo un marinero, llamado Diego Beltran, que dixo que le parescian las sierras de Paraguachoa, que son en la provincia de Vençuella; y aunque no se afirmaba mucho en ello, porque deçia él que avie diez años antes venido por allí á saltar indios en çierta armada, é paresçiale á él aver estado por allí, puesto que totalmente no se determinaba en ello. É corriendo con esta dubda por la costa adelante, paresció un promontorio ó cabo que haçia abrigo al viento que llevaban y encaminaron el barco para él, é llegaron á media legua dél: el qual era el

puerto de la cibdad de Coro, ques la cabeça de la gobernacion de Vençuella, que está en onze grados y medio de la línea equinoçial, poco más ó menos, á la banda deste nuestro polo ártico. É luego se les descubrió un grandíssimo ancon, é como todos yban çiegos é segund paresció en efetto idiotas, no vieron ni conosçieron el puerto, puesto que algunos dixeron que les parescia que allí avia abrigo é que se les figuraba que vian en tierra un bergantín ó navio: lo qual el piloto contradixo, diçiendo que se les antojaba el çielo çebolla, é otros desatinos tales. Y en llegando quassi á la punta huyó de entrar, é porfió que al otro cabo ó punta avia mejor abrigo, é puso la proa á la mar, é quassi á la bolina comenzaron á navegar; y el dia siguiente les hiço tal tiempo que muchas veçes pensaron perderse, é turóles esto desde las ocho horas de la mañana quassi hasta ser el sol puesto, y estaban ya tales los hombres de la mar que ninguno pensaba verse en tierra ni escapar de aquel dia con la vida. Ved lo que sentirian los passageiros.

Llegó la cosa á tanto, que se confessaban á más que de passo, assi los unos como los otros, é no menos el maestro é piloto, é aquel buen clérigo los absolvía, bañados todos en lágrimas é ondas de la mar; pidiéndose perdon é abraçándose con amargos sospiros é singultos, torçiendo las manos é alçando los braços é ojos al çielo, con tan continuados clamores que no se entendian cosa que dixeran.

Visto que no podian doblar el otro cabo quel piloto deçia, é que la mar los comia, deçian todos quel barco se pudiesse á popa é çabordasse en tierra, lo qual el piloto amonestaba muchas veçes; é sin dubda he oydo afirmar al mesmo Chripstóbal de Sanabria que todos se perdieran, sin escapar hombre dellos, si no

fuera por el ánimo del maestre é su buen tiento. El qual, de contrario parescer, dixo: — «Señores, no desmayés, ni tal se haga en ninguna manera, porque todos peresçeremos, si tal se hace: tengámonos á la mar todo lo que nos fuere posible, é trabaxemos de doblar aquella punta (la qual se les mostraba adelante con un arraçife que salía más de media legua en la mar); que doblada aquella punta luego hallaremos abrigo». Por manera que si en la costa dieran, como el piloto é otros ó los más de los marineros deçian, ninguno se salvara, porque quebraba allí mucho la mar, é andaba tan brava que aunque dieran en la tierra, se perdieran. Assi que, por el consejo é buen esfuerço del maestre, é con alijar parte del lastre é las mochilas é de lo que llevaban, se sostuvieron hasta doblar el arraçife é punta, que era de unos manglares; é hácese allí un ancon ó abrigo.

Esto es en la provincia é costa de Paraguaná, al pié de las sierras, lo qual es todo segund deçian de la provincia é gobernación de Venegueta, de donde es obispo el muy reverendo *in Chripsto* padre don Rodrigo de Bastidas, dean desta sancta iglesia desta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española. El qual perlado es muy grande amigo é debdo del dicho Chripstóbal de Sanabria.

Assi que, llegada esta desconsolada gente al abrigo de la costa, sin saber adónde estaban, surgieron, estando el barco quassi en tierra é muy mal tratado por la tormenta é de los golpes que avia dado; é ya se les yba á fondo, por lo qual muchos saltaron fuera dél, é quedó algo más aliviado é pudieron los que en él quedaron llegarlo çerca de tierra, é todos saltaron en el agua hasta los pechos ó más; pero ayudábanse para esto todos, é lo llegaron hasta tierra é lo vararon en ella, é sacaron fuera dél las armas pocas que tenían é

lo que demás dellas llevaban, que todo era de ningun valor; é todo su caudal era seys espadas é quatro lanças é algunos puñales é cuchillos. É no sabian en qué tierra estaban, ó si avrian menester más el navio, é si se le dexarian adobar ó no.

XI. Con todas estas sospechas, el goço desta gente era muy grande viéndose en tierra, aunque no sin alteración, porque, como es dicho, no sabian si estaban seguros; mas por sí ó por no, juntos en su realejo (peor en órden que andaban aquellos extrangeros que suelen yr por España y por el mundo, que se llaman egipcianos) començaron á hacer fuego para se enxugar, que todos salian muy bañados, assi de las ondas de las aguas de la mar que entraba por los bordos é por ençima, quando algunas veçes eran embestidos dellas, como de la mucha quel barco hacía, á causa de yr muy mal calafeteado é peor obrado, é á cada passo se les yba anegando. É aquella noche estovieron en vela, poniendo sus guardas é çentinelas apartadas, porque luego que salieron del barco, vieron en tierra varadas dos canoas é hallaron traça de piés descalços de indios; y el piloto é marineros deçian que sin dubda aquella era tierra de caribes, que comen carne humana, é por tanto que hiçiesen buena guardia. Y assi se hiço, qual convenia, hasta otro dia claro, que queriendo ver el agua que llevaban, la hallaron muy pestífera é amarga y hedionda; y desta no osaban aun beber tanta quanta quisieran, pensando que no la debia de aver en la costa donde estaban, porque assi lo deçian algunos de los marineros, é aun añadian que toda aquella tierra era muy estéril de agua, é por tanto acordaron de la buscar é hacer xagueyes é poças. Pero fechas no hallaban agua, á causa de lo qual determinaron que doçe ó quince hombres de los más dispuestos, seyendo

el maestre capitan dellos, entrassen la tierra adentro á buscar agua é qué comer, é supiesen qué gente avia, é procurassen de tomar lengua y entendiesen en qué tierra estaban; é assi se puso luego por obra.

XII. Ydos estos compañeros á lo que dicho, toparon un indio é una su hija que venian á la mar á pescar, é tomáronlos é lleváronlos adonde Chripstóbal de Sanabria y el piloto estaban con los demás echados á la sombra de los manglares, esperando en qué avia de parar su ventura. É llegados, no se consintió que se les tomase cosa alguna de lo que traian, que era çierta fructa é comida de la tierra; y aunque estaban con temor estos indios se aseguraron, viendo que no se les hacía mal alguno ni fuerça: antes les dieron algunas cosillas de lo poco que tenían; é por señas, sin se entender, les preguntaban si sabian de algunos chripstianos; y entre otras palabras dixo el indio: — «Capitan». É luego Chripstóbal de Sanabria dixo: — «Aquella palabra de Castilla es». Y el indio mostró una hacha é un cuchillo; é aquesto no los aseguraba, porque deçian questo podia ser que algunos chripstianos avrian ydo por allí á rescatar: é un Inigo Lopez dixo que aquella tierra la avian posseído chripstianos más avia de seys años, é que ya conosciá que era la provincia de Venegueta; pero que á cabo de tanto tiempo, aunque los avian fecho de paçes, que ya debrian estar de guerra; é que eran caribes é malos. Preguntáronles por señas si avia agua, é la muger dixo que sí, é mucha, por las mismas señas; mas su habla no la entendian: de lo qual todos muy alegres, acordaron de yr con ellos á su pueblo á traer agua é á saber más nuevas. É assi se hiço: que luego se partieron con estos indios, é llegaron á su pueblo, el qual se diçe *Miraca*, dos leguas la tierra adentro; y en llegando salieron

el capitan Pedro de Arranguiz é çiertos chripstianos que en aquella provincia residian. É cómo se vieron los unos é los otros, se maravillaron mucho é ovieron mucha alegría; é les dixerón cómo los otros sus compañeros quedaban en la costa donde avian aportado, é contaron su trabaxosa navegacion é cómo venian muertos de hambre é de sed, porque el pan é la carne que traian se les avia perdido todo. Y en el instante el capitan proveyó de indios con jarros é otras vassijas de buen agua, é á más andar, con un mangebo llamado Luys de la Mezquita, se la envió, con otros mantenimientos del manjar de la tierra; é cómo yban muchos indios con este refresco, los chripstianos á quien se llevaba, començaron á temer viéndolos desde léxos, é deçian entre sí que eran gente de guerra, é que debian de aver muerto á sus compañeros é que yban á hacer en ellos lo mesmo, y estaban con mucha alteración. Mas aquel mangebo que dicho se adelantó por ganar las albricias é darles buenas nuevas é hacerles saber que estaban en tierra segura y entre chripstianos españoles; é desque le vieron todos se alegraron en extremo, porque aquel chripstiano nunca le avian visto, é luego sospecharon lo que era: el qual llegó muy alegre é abrazó á Chripstóbal de Sanabria, é le dixo: — «Señor, dad muchas graçias á Dios que os ha traydo á tierra de chripstianos; porque es la provincia de Venegueta, adonde estamos muchos chripstianos seys años há, é tenemos toda esta provincia paçífica, aunque estamos todos con trabaxo á causa de no aver oro; pero aqui nos avemos sustentado, é doçe leguas de aqui está la cibdad de Coro, que la cabeça desta gobernación, donde residen los oficiales de Sus Magestades é mucha gente de honra, que se holgarán con vuestra venida». É cómo este hidalgo oyó aquello sintió el mesmo plaçer que todos

los que escuchaban esso; y en particular mucho mayor, porque sabia que era obispo de aquella provincia el obispo don Rodrigo de Bastidas; é preguntóte si tenian noticia ó alguna nueva dél, é respondió el mançebo que cada dia lo estaban esperando. É luego dixo que se fuesse luego el dicho Sanabria é los que quisiessen al pueblo de Miraca, que como es dicho estaba dos leguas de allí, é que del capitán sabrian más largamente lo que quisiessen, porque él tenia por carta de los oficiales de Sus Magestades todo lo que tocaba á la yda del señor obispo. Oydo esto, híçole dar albricias de lo que tenia, que era muy poco, porque toda su hacienda avia perdido, como se ha dicho; é luego puso en obra su camino é se fué con el dicho Luys á la villa de Miraca; é todos los demás quedaron assimesmo muy consolados, con saber que la misericordia de Dios los avia puesto en salvo á cabo de tantos trabaxos é desaventuras como avian padescido.

XIII. Llegado Chripstóbal de Sanabria á aquella villa, el capitán se holgó mucho con él é le híço toda la cortesía é buen tractamiento quél pudo, assi por ver la persona que era, como porque avia sabido que era servidor é pariente del obispo de aquella gobernación é provincia: é híçole dar muy bien de comer á él é á todos los que con él fueron, assi muchas perdiçes de las de la tierra como conexos frescos é salados, é pan de mahiz. Y en esta vida muy bien tractados estos afligidos mareantes, estovieron allí quatro dias, hasta que llegó á aquel pueblo un factor de Sus Magestades, llamado Pedro de Sanct Martin, con otras personas á caballo con sus lanças é dargas, é ciertos peones con ellos: é allí se comunicó más el plaçer de los unos é de los otros; é luego el factor y el capitán híçieron dar caballos á Chripstóbal de Sanabria é á Françisco de Orduña para yr-

se á la cibdad, como lo híçieron: á la qual llegaron á veynte dias de junio de aquel año de mill é quinientos é treynta é quatro años. É todos los veçinos se holgaron mucho con esta gente, aunque eran pocos en número é tan trabaxados como se ha dicho; porque los de la tierra estaban faltos de gente é tenian reçelo de indios enemigos, de quien estaban amenazados, é tambien porque aquellos españoles de la tierra no avian visto yr á ella otros chripstianos desde que fueron los primeros en el armada, seys años avia, quando se començó á poblar de españoles la cibdad é provincia de Coro (que todo se diçe por otro nombre Veneçuela), é ya era muerto el gobernador Ambrosio de Alfiñguer, alemán, que por la compañía de los Belçares de Alemania allí residió un tiempo, á los quales Belçares la Çessárea Magestad tiene encomendada aquella gobernación. Seys dias antes que Sanabria é sus consortes allegassen á Coro, avia ydo desta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española un veçino de aqui, llamado Johan Baptista, con un bergantín, en que llevó vino é harina é lienços é otras mercaderias, de que algunos se repararon, porque todos ó los más se vestian de algodón, por aver gastado el paño é lienço é lo que llevaron al tiempo que allí fueron, é no tenian otra cosa de que vestirse.

XIV. Desde á ocho dias despues llegó á Coro el señor obispo don Rodrigo de Bastidas: el qual, por mandado de Çessar, fué allá assi á visitar su obispado como buen perlado de aquella tierra é dióçesis en lo espiritual, como en lo temporal con amplísimos poderes de la Çessárea Magestad para gobernar aquella provincia; donde fué resçebido con toda la solempnidad é buena voluntad que se pudo allí haçer, assi por los oficiales de Sus Magestades é gente española como por los naturales de la tierra, como á

persona enviada en lugar de Sus Magestades é tan notable é tan reverenda. El qual holgó mucho de ver aquel hidalgo, su pariente, fuera de tan exçesivos peligros é tan extremados trabaxos, é lo recogió é favoreció; y en tanto que estuvo en aquella tierra lo híço su lugar-teniente en la gobernación, porque el Chripstóbal de Sanabria era prudente é de gentil habilidad é ingenio é suficiente para tal cargo.

Despues quel obispo residió en su obispado y en aquella provincia algunos meses, é ovo fecho su visitaçion é lo que Sus Magestades le mandaron, volvió á esta nuestra cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española, é truxo consigo á

Chripstóbal de Sanabria, del qual, tan particularmente como está dicho este su naufragio, lo supe *vivá voce*, é assi es público en estas partes.

El piloto mal enseñado é viçioso de quien se ha hecho mençion era ydo muy poco antes quel obispo llegasse á Coro: que bien se debe creer, segund sus obras é los que avia quexosos dél, que si esperara, se le guardara justicia. Y haciéndose aquella, no podia él quedar sin pena, para que por ella aprendiera mejor su ofiçio; é aun para que no le híçiera adulterando ni con tanta torpeça é tan poca experiència como lo híço en este viaje, como se puede é debe colegir de lo que está dicho.

## CAPITULO XXI.

De un infortunio é naufragio (aunque algunos lo han atribuydo á la poca prudencia) de un piloto llamado Johan Bermudez, que partió con una nao del puerto desta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española para yr á Castilla, el año de mill é quinientos é treynta y ocho, é volvió el siguiente de mill é quinientos é treynta y nueve, sin llegar allá, desde las islas de los Açores.

En la villa de Açúa, ques á veynte é quatro leguas desta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española, vive un hidalgo, llamado Fernando Gorjon, señor de un rico ingenio de açúcar que allí tiene: este envió á Castilla el año de mill é quinientos é treynta y ocho una nao suya, cargada de caxas de açúcar é cueros de vacas é cañafistola; é partió con buenos tiempos del puerto desta cibdad de Sancto Domingo, é continuando su viaje, llegó á las islas de los Açores, que por lo menos, é por el camino é derrota que las naos han de llevar, hay más de mill leguas de navegacion hasta la isla tercera, ques una de las de los Açores en que aquesta nao tomó puerto. É allí salió en tierra un frayre, que por acá andaba fuera de Orden, del hábito de Sancto Françisco, que desde aquesta cibdad lo mandaron llevar sus mayores á España; é

salieron assimesmo algunos pasajeros: é tomó la nao agua é algun poco de refresco para el matalotage, é no tanto como les era menester para lo que les quedaba de navegar, pensando que dentro de ocho ó diez dias llegarían á Castilla desde aquella isla, como se suele haçer.

El frayre ya dicho é uno ó dos pasajeros se quedaron en aquella villa é puerto principal de aquella isla, é la nao se partió de allí para continuar su viaje, é subçediéronles tales tiempos é tan forçosos, que ovo de dar la vuelta é volvió á esta isla y entró en este puerto un domingo, dia de la Purificación de Nuestra Señora, dos dias de hebrero del siguiente año de mill é quinientos é treynta é nueve años: por manera que estuvo en este su mal viaje çinco meses é medio desde el dia que salió deste rio hasta que tornó á entrar en él. É por falta de manteni-